

esto era tan grande en la corte de Felipe V, que el rey consintió en deferir estas proposiciones insólitas al arbitrio del papa. Juan XXII las admitió en parte. Entonces, mientras los enviados de Francia á Roma asentaban, los enviados de Flandes, con pasmo general, declaraban que no estaban autorizados á firmar la sentencia arbitral. «Los flamencos, había dicho en otro tiempo Luis de Nevers, tuvieron siempre la paz (del año V) por irrealizable. Si se ejecutaba, Flandes estaba perdido.»

En 1318 vuelven á empezar las conferencias solemnes de las gentes del rey con los flamencos y las convocatorias militares. En Compiègne (11 de octubre de 1318), las gentes del rey sacan de nuevo á relucir la magnánima indulgencia del rey de Francia, «el más noble y el más poderoso príncipe del mundo,» y la mala fe del conde. Una nueva «hueste de Flandes,» la sexta, fué convocada en Arras para marchar en agosto de 1319.

Esta hueste no marchó. El conde Roberto, abandonado por los ganeses, que se negaron á atravesar el Lys, se declaró pronta, en fin, «por respeto á la Santa Iglesia,» á conformarse con «el consejo,» es decir, con la sentencia arbitral de Juan XXII. En abril de 1320 prestó homenaje en París; en julio el proyecto de casamiento entre Margarita, hija del rey, y el heredero de Flandes, Luis de Creci, hijo mayor de Luis de Nevers, fué ratificado por los flamencos.

Pero el 18 de marzo de 1321 Felipe V hacía constar en estos términos que ni las promesas de 1316, ni las convenciones ulteriores, se habían respetado: «El conde no ha hecho ni hace jurar á sus oficiales que mantendrán la paz; el señor de Watennes, que sostuvo nuestra causa durante la guerra, no ha vuelto á entrar en posesión de sus bienes; el conde no acaba de arrasar el castillo de Courtrai y de entregarnos sus piedras; no nos ha remitido Warneton, Ardenburg, ni ciertas dependencias de Lilla, Douai y Béthune; por el contrario, las ha entregado á su hijo Roberto, que no emprende su peregrinación aunque debiera emprenderla...» El rey repite que ha cumplido sus compromisos y que á los flamencos toca hacer otro tanto.

Luis de Nevers sucedió en septiembre de 1322 á Roberto de Béthune. Para resistir á las pretensiones de su tío Roberto de Cassel, se vió obligado á ampararse del rey; y el patriciado *leliaert*, dueño de Gante, creyó vuelta su hora. Pero esta nueva política de la casa condal promovió un levantamiento popular que comenzó en Brujas en 1323 y que se extendió bien pronto á toda la región marítima desde Zwin á Neuf-Fossé. Clais Zannekin fué el Coninck de esta segunda revolución burguesa. En noviembre de 1325 Carlos IV hizo castigar con el interdicto á los revoltosos y reunió su hueste en Saint-Omer; en febrero de 1326 las gentes de Furnes esperaban una invasión francesa. Pero esta hueste no hizo nada. La paz de Arques (cerca de Saint-Omer), del 19 de abril de 1326, decidió una vez más que se pagaran las multas debidas á la corona y que las novedades introducidas por los rebeldes serían anuladas.

Sin embargo, algunas semanas después, el territorio hervía de bandas organizadas de obreros de Brujas, de pescadores y de campesinos de la costa, que perseguían á los *leliaerts*, á los nobles, á los ricos y á los clérigos. Dicese que este rudo populacho (*populium genus hominum naturaliter brutale*) cometió atroces violencias.

Carlos *el Hermoso* murió antes de haber podido ayudar á los nobles de Flandes y á la aristocracia ganesa á castigarles. La tarea estaba reservada á Felipe de Valois.

En resumen: el rey de Francia intentó á fines del siglo XIII y principios del XIV reducir los dos grandes feudos que al Sur y al Norte del reino escapaban todavía á su autoridad directa: Guiena y Flandes. Fracasó. Felipe *el Hermoso* y Carlos *el Hermoso* conquistaron y devolvieron la Guiena; el matrimonio de Eduardo II y de Isabel, que dió á Eduardo III derechos sobre la corona de Francia, preparó, por otra parte, desgracias espantosas. Felipe *el Hermoso* conquistó y perdió Flandes; á partir de 1305, Felipe *el Hermoso* y sus hijos se agotaron imponiendo á los flamencos, que no la querían, una paz que, sin embargo, no cambiaba mucho la situación respectiva de la casa de Flandes y del rey tal cual era bajo Luis IX. La política de los últimos Capetos directos á propósito de Inglaterra y Flandes les costó cara; pero los desastres que estas dos potencias originaron á la casa de Valois durante la guerra de Cien años prueban demasiado que semejante política no les llevó á ningún resultado serio.

V.—El imperio (1)

Desde el mar del Norte al Mediterráneo, desde Holanda á la Provenza, las fronteras del reino estaban bordeadas en el siglo XIII por los principados que dependían del imperio. Entre todos estos principados grandes y pequeños: Holanda, Brabante, Hainaut, Luxemburgo, Bar, Lorena, Franco-Condado de Borgoña, Lyon, Delfinado, Saboya, etc., se daban querellas de vecinos, por manera que, en caso de conflicto, si uno tenía el apoyo de la autoridad imperial, el otro se volvía en seguida del lado de Francia. Los jefes de estos Estados feudales cambiaban, por lo demás, de partido con mucha facilidad y frecuencia: tal príncipe, adicto á Francia por miedo á tal emperador, se hacía imperialista si la elección confería la corona á un amigo; y los imperialistas más celosos se vendían al rey por matrimonios ó simplemente por subsidios. La mayor parte de los potentados de la antigua Lotaringia y del reino de Arles traficaban así sus alianzas. Esto daba pie á combinaciones inestables cuya historia es muy complicada, pero desprovista de interés (2).

(1) OBRAS DE CONSULTA.—A. Leroux, *Relations politiques de la France avec l'Allemagne de 1292 à 1378*, 1882. J. Heller, *Deutschland und Frankreich... bis zum Tode Rudolfs v. Habsburg*, 1874. A. Bergengrün, *Die politischen Beziehungen Deutschlands zu Frankreich während der Regierung Adolfs von Nassau*, 1884. H. Henneberg, *Die politischen Beziehungen zwischen Deutschland und Frankreich unter König Albrecht I*, 1891. A. Niemeyer, *Untersuchungen über die Beziehungen Albrechts I zu Bonifaz VIII*, 1900. C. Wenck, *Clemens V und Heinrich VII*, 1882. G. Sievers, *Die politischen Beziehungen Kaiser Ludwigs des Baiern zu Frankreich*, 1896. J. Schwalm, *Beiträge zur Reichsgeschichte des 14. Jahrhunderts*, en *Neues Archiv*, tomo XXV, 1899 (consúltese C. Wenck, en *Historische Zeitschrift*, 1901, pág. 253).

(2) Esta historia ha sido muy estudiada: existen trabajos especiales sobre las relaciones de Francia con la mayor parte de los pequeños países de la antigua Lotaringia, á fines del siglo XIII y á principios del XIV. Por la región del Sudeste han sido resumidos y puestos en orden por P. Fournier, *Le royaume d'Arles*, 1891. Para el Nordeste y el Norte, P. Bonmassieux, *De la réunion de*

El objeto de la política francesa fué siempre, naturalmente, mantener un partido francés en cada uno de los principados limítrofes y, llegada la ocasión, anexionarse alguno.

Al advenimiento de Felipe *el Hermoso*, la casa de Francia tenía dentro del imperio un hombre adicto en la persona de Otón, conde palatino de Borgoña (Franco-Condado). Los cronistas alemanes del tiempo dicen, hablando de los vasallos del palatino, «los franceses.» Cuando Rodolfo de Habsburgo, rey de Alemania, se presentó en aquella región en 1289 «para vengar el honor alemán,» el conde de Artois ayudó á su cuñado Otón con caballeros franceses, artesanos y picardos. El 12 de junio de 1291 Otón prometió secretamente la mano de Juana, su hija y su heredera, á uno de los hijos de Felipe *el Hermoso*, comprometiéndose á hacer de suerte que el lazo feudal entre el Franco-Condado y el imperio se rompiera.

Rodolfo de Habsburgo murió en 1291. La influencia francesa había continuado influyendo en su reinado sobre todos los puntos débiles de la frontera franco-imperial: en la región lorenesa; en Lyon, donde los burgueses se habían colocado bajo la salvaguardia del rey, y en Hainaut, donde la villa de Valenciennes, rebelada contra el conde, pretendía «pertenecer al reino de Francia;» el conde de Hainaut, que se negaba á prestar homenaje al rey por Ostrevent, fué condenado por el parlamento, amenazado y obligado á someterse.

El nuevo rey de Alemania, Adolfo de Nassau, fué, ya lo hemos visto, solicitado por Eduardo I para dirigir una coalición contra Francia. El 21 de agosto de 1294 aceptó. Algunos días después expresó pomposamente su intención de no tolerar por más tiempo la usurpación de las tierras, derechos y jurisdicciones del imperio y reivindicar todo lo que habían usurpado Felipe de Francia ó sus predecesores (1). «Cuando el rey hubo recibido estas cartas, dicen las crónicas de Saint-Denis, convocó consejo. Después los caballeros del rey de Alemania llevaron la respuesta á su señor. Este rompió el sello, que era muy grande, y no leyó más que estas dos palabras: *Nimis germanicum*, «demasiado alemán.» Esta respuesta había sido dada por el conde Roberto de Artois y el gran consejo del rey.» Es muy interesante que esta célebre historietta haya sido mucho tiempo considerada como típica de la activa desenvolvura del rey Felipe *el Hermoso* (2); pero no lo es, porque, desde el siglo XII, Gualtero Map, en su obra titulada *De nugis curialium*, la atribuía á Luis *el Gordo*.

Adolfo de Nassau, que tan alto hablaba, no estaba en condiciones de apoyar con actos sus palabras. Contra los aliados de Eduardo I en el imperio, los condes de Güeldres, de Juliers, de Bar, de Ferrette, de Saboya, etc.,

Lyon à la France, 1879. Fr. Funck-Brentano, *Philippe le Bel et la noblesse franc-comtoise*, en la *Bibliothèque de l'École des chartes*, 1888. J. Havet, *La frontière de l'Empire dans l'Argonne*, ibidem, 1881. E. Welvert, *Philippe le Bel et le maison de Luxembourg*, ibidem, 1884. Falta trabajos especiales sobre la historia de las relaciones de los últimos Capetos directos con el Hainaut y el Bearrois.

(1) Se ha hecho un compendio de esta obra (*Notices et extraits des manuscrits*, tomo XXXV, segunda parte, pág. 415) del mismo género que el compendio *Scire te volumus* de la bula *Ausculta fili*. Véase más arriba, pág. 257.

(2) También por M. Boutaric, obra citada, pág. 393.

la diplomacia de la corte de Francia pudo bien pronto oponer el Delfín de Viennois, de quien Felipe recibió homenaje mediante una pensión de 500 libras tornesas, Thibaut de Lorena, los condes de Hainaut, de Holanda, etc., el conde de Luxemburgo y Alberto de Austria,



Losa sepulcral del emperador Rodolfo I de Habsburgo, existente en la catedral de Spira

es decir, el futuro Alberto I y el futuro Enrique VII. Entre los príncipes del imperio y el rey de Francia se cruzan numerosos tratados á partir de 1295. El más singular es el que se concluyó en Vincennes el 2 de marzo de 1295 con Otón de Borgoña. Otón, personaje desacreditado, agobiado de deudas, cansado de los cuidados inherentes á la posesión de un gran feudo, no se contentó con renovar el proyecto de matrimonio formulado en 1291: cedió inmediatamente sus dominios al

rey á cambio de un capital de cien mil libras y de una renta vitalicia de diez mil libras tornesas. Después de su abdicación vino á París á divertirse. Murió de una herida recibida combatiendo á los flamencos.

Es probable que el mismo Adolfo de Nassau fuera pagado para deponer sus rayos mojados. En todo caso no hizo nada; no proporcionó el menor socorro á los únicos aliados de Eduardo que se arriesgaron á enviar su desafío á París: los condes de Flandes y de Bar. Por lo demás, pereció en la batalla de Gœlheim (julio de 1298), y como el vencedor de Gœlheim, Alberto de Aus-

á hacer que el imperio y la corona de Alemania permanecieran hereditarios en la casa de Habsburgo. En desquite Alberto cedía á Felipe vastos territorios: el valle del Ródano y la ribera izquierda del Rhin. Estos rumores fueron tomados en serio; pero solamente prueban que la opinión pública atribuía á los Habsburgos la intención de abolir el principio electivo en el imperio y á Felipe miras ambiciosas sobre la región situada al Oeste de los Alpes y del Rhin. Fuera de esto, nada cierto: todo lo que se ha dicho antes y ahora á propósito de las convenciones «secretas» de Quatrevaux, es sólo conjetura.



Portas et Turres cum leone auro delirant invidios sedens.

Enrique de Luxemburgo. (De una miniatura del *Codex Balduini Trevirensis*.)

tria, antiguo aliado de Francia, le reemplazó, ya no se trató más durante algún tiempo de las reivindicaciones del imperio.

El 8 de diciembre de 1299 Felipe *el Hermoso* y Alberto de Austria volvieron á encontrarse en Quatrevaux, entre Vaucouleurs y Toul. Allí se concluyó una alianza preparada de antemano; Blanca de Francia, hermana del rey, casaría con el hijo mayor de Alberto, heredero de Austria y de Estiria; los incidentes por fronteras, tan comunes entre Francia y el imperio, se someterían á árbitros. Las gentes del rey se habían esquivado, intentando tomar posesión del Franco-Condado de Borgoña, con la oposición de la nobleza local, que había formado contra ellos una «confederación» (1). Concluyóse una tregua entre los nobles del Franco-Condado y el rey. En adelante se apelaría al tribunal del imperio para solucionar las cuestiones que les dividieran.

Estas estipulaciones, conocidas por instrumentos auténticos y públicos, no parecieron bastante pasmosas á los contemporáneos, conmovidos por el hecho extraordinario de la entrevista. Corrió la voz en Francia y Alemania de haberse comprometido Felipe secretamente

(1) Veintiocho barones del Franco-Condado y el abad de Luxeuil se habían ligado en Besançon, desde el 27 de febrero de 1294, «para bien del país»: se establecieron seis comisarios para dirigir la Liga; los coligados pagaban cotizaciones y tenían ciertas obligaciones, bajo pena de multa. Compárense las ligas de tiempos de San Luis (pág. 214) y de 1314 (pág. 310) en Francia.

Tal como es—y aun cuando el oficial no tratado fuera acompañado de ninguna convención secreta,—la alianza de Quatrevaux resulta beneficiosa para Francia. En efecto, la nobleza de Borgoña, abandonada por Alberto, se somete; la pacificación del condado data de la primavera de 1301: en espera de la decisión del tribunal del imperio sobre la cuestión de derecho, que fué aplazada *sine die*, los antiguos dominios de Otón volvieron al país francés, en donde el gobierno real se aplicó en adelante á ganar á los contrarios por medio de favores individuales. En noviembre de 1300, la villa de Toul se ofreció al rey «porque somos de tan libre condición que podemos solicitar y tener protector, si nos place, sin el consentimiento del rey de Alemania.» El año siguiente la tregua entre el rey de Francia y el conde de Bar, aliado de Eduardo I, fué convertida en tratado definitivo: Enrique de Bar prestó homenaje al rey por sus tierras sobre la ribera izquierda del Mosa, que se llamó desde entonces *Barrois mouvant* de la corona de Francia, y fué á morir en Italia bajo la bandera de Carlos de Valois (1303).

Mantúvose la armonía durante dos años. La diferencia entre Felipe y Bonifacio la rompió. Bonifacio, en lo agudo de su lucha con la corte de Francia, intentó apoyarse en Alberto, á quien había maltratado en un principio; y Felipe *el Hermoso*, que en otro tiempo pedía al papa confiriése á su aliado la corona imperial, respondió uniéndose á Wenceslao de Bohemia, candidato á la co-

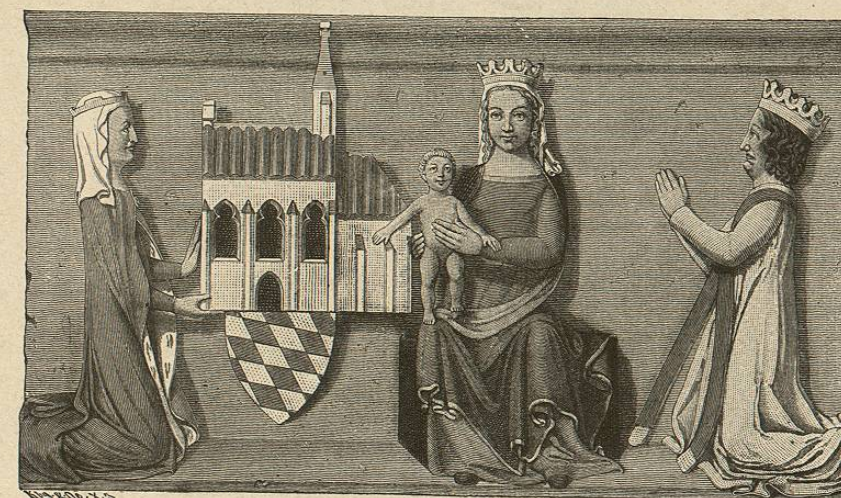
rona de Hungría, «contra Alberto, que se pretendía rey de los romanos.» Pero, después de la muerte de Bonifacio, Alberto parece haberse desinteresado de lo que pasaba en el Oeste. El gobierno de Felipe tuvo el campo libre. Lo aprovechó: los obispados del Rhin (Colonia, Maguncia, Basilea, Constanza y Tréveris) fueron provistos de titulares que pasaban por devotos del rey de Francia; Amadeo de Saboya y muchos otros señores del reino de Arlés sirvieron en las huestes de Flandes; la soberanía del rey fué reconocida en 1307 en Viviers y Lyon.

Alberto de Austria fué asesinado el día 1.º de mayo de 1308.

El 11 de junio Felipe *el Hermoso* otorgó plenos po-

que: pertenece al rey, de quien el conde Enrique es vasallo, examinar si ha lugar este nuevo candidato, y Enrique de Luxemburgo fué elegido en noviembre con la unanimidad de los seis electores presentes, apresurándose Clemente V á confirmar la elección. En diciembre de 1310, Guillermo de Nogaret reprochaba todavía á Clemente la prontitud con que había ratificado la decisión de los electores; pero el papa, descargado de un gran peso, «menos modesto y menos paciente que otras veces,» respondió haciendo el elogio del nuevo rey de Alemania (1).

Enrique de Luxemburgo era sin duda el más francés de los príncipes del imperio. No sabía más que el francés: sus diplomas imperiales están redactados en esta



Luis el Bávvaro y su esposa ofreciendo á la Virgen el modelo de la iglesia de San Lorenzo de Munich (Relieve existente en la propia iglesia)

deres á maese Gerardo de Landri, maese Pedro Barriere y Hugo de la Celle, caballero, que partieron para Alemania. El 16, Carlos de Valois autorizó á los mismos personajes «á prometer sumas de dinero pagadas de una vez ó vitalicias... por el avance de una persona cuya promoción deseáramos de todo corazón.» Desde el 9 el rey de Francia había escrito á Enrique de Carintia, rey de Bohemia, para presentar la candidatura de Carlos de Valois, su hermano, á la corona de Alemania.

La candidatura de Carlos de Valois al imperio fué lanzada con toda confianza. Pero parece que por esta vez la corte de Francia estaba mal informada sobre los hombres y las cosas de Alemania. Las intrigas electorales eran más sutiles, y el temor y el odio á los franceses eran sentimientos más profundos en Alemania de lo que creían los consejeros reales. Y en cuanto al papa Clemente, con cuya influencia se contaba, su mala voluntad fué disimulada apenas por su prudencia. El 1.º de octubre, Clemente V hace saber á Felipe que Pedro Barriere y Hugo de la Celle han encontrado la mejor acogida por parte del arzobispo de Colonia, pero se excusa de no poder escribir nuevamente á los electores sin haber recibido la respuesta á su primer despacho; consiente en enviar á Alemania, para representarle, la persona que el rey designe; pero niega el interdicto pedido para el arzobispo de Tréveris, Balduino de Luxemburgo, que patrocina la candidatura de su hermano el conde Enri-

lengua. Había formado parte del círculo de la reina María en tiempos de Felipe III. Se había reconocido vasallo de Felipe IV, que le armó caballero y que le pagaba una pensión. Se había asociado en 1302 á la protesta de la nobleza francesa contra Bonifacio; en 1305 había asistido en Lyon al coronamiento de Clemente V; en 1307 había obtenido del papa, por medio del rey, la elevación de su hermano al arzobispado de Tréveris. Es decir, había sido toda su vida un obligado, si no un servidor del rey.

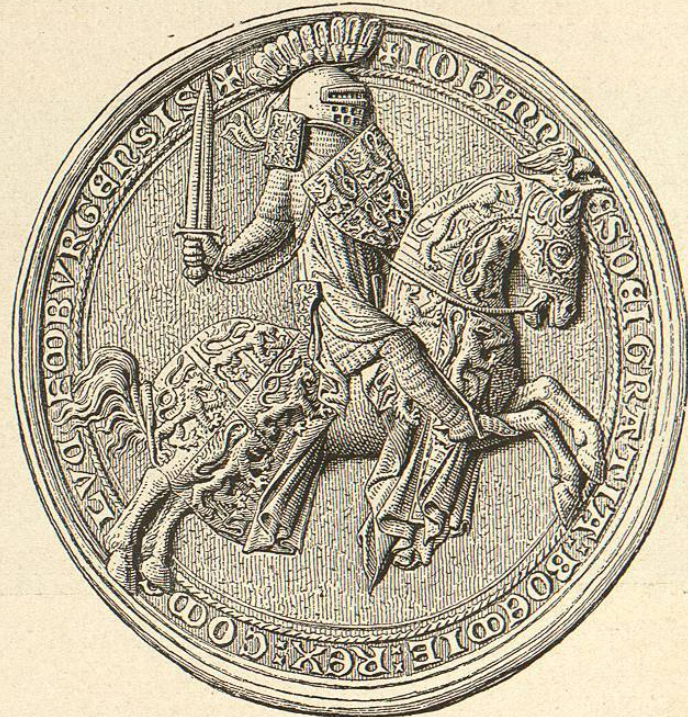
Aunque Felipe se vió, sin duda, molestado por semejante elección, fué necesario en 1310 renovar el tratado y la entrevista de Quatrevaux. Los documentos cambiados por la cancillería imperial y la cancillería de Francia no acusan hostilidad hasta que, á partir de 1311, después de haber reivindicado Enrique en Italia los derechos del imperio contra los güelfos y los angevinos, quiso reivindicarlos en todas partes. En 1310, Felipe *el Hermoso* había hecho ocupar Lyon y conducir en cautividad al arzobispo de esta villa imperial, Pedro de Saboya; el mismo año había tomado bajo su protección á

(1) Relación de los enviados de Felipe á la corte de Aviñón, en C. Wenck, obra citada, pág. 180.—A partir de la elección de Enrique VII, Clemente V se envalentonó, tomando cada vez más una actitud menos complaciente para con las gentes del rey. Desde su elección hasta fines de 1308 había andado errante por el reino sin atreverse á salir. Instalóse en la primavera de 1309 en la villa de Aviñón, en el centro del condado pontifical.

los habitantes de Verdún, que eran súbditos del imperio. Los *casus belli* eran numerosos. No sabemos si es cierto, como se ha dicho, que en 1312 fuera inminente (1) un conflicto. Sea como fuere, Enrique VII murió el 24 de agosto de 1313, y fué el tercero de los «reyes de Alemania» que Felipe *el Hermoso* veía morir de muerte súbita.

Nada instruída por la completa derrota de la candidatura de Carlos de Valois en 1308, la corte de Francia tuvo todavía esta vez la veleidad de aprovecharse de la vacancia. En noviembre de 1313, Felipe *el Her-*

didamente era más difícil hacer un emperador que un papa. Luis de Baviera fué elegido, pero el bávaro tuvo que entregarse por entero, en primer lugar, á su lucha contra la casa de Austria, que pretendía siempre á la corona de Alemania porque la había tenido ya una vez, y luego á combatir el papado de Aviñón, representado, después de terminado el escandaloso interregno que sucedió á la muerte de Clemente V (2), por Juan XXII de Cahors, antiguo familiar de los reyes angevinos de Nápoles. Luis de Baviera no tuvo tiempo de ocuparse en las fronteras occidentales del imperio. Un solo inci-



Sello de Juan de Bohemia. (Real Archivo secreto del Estado en Berlín.)

moso, animado por cartas de los arzobispos de Maguncia y de Colonia, hacía hablar secretamente al papa de su hijo Felipe, conde de Poitiers, como del mejor candidato para reemplazar á Enrique VII. Créese oír á Pedro Dubois: «Si el conde de Poitiers fuese elegido, el rey de Francia, rodeado de sus hijos, el rey de Inglaterra, su yerno, y el rey de Alemania, su hijo, podría abandonar fácilmente su reino, y Tierra Santa sería con seguridad reconquistada... No mueve al rey en este asunto un interés de familia, sino el celo por la autoridad pública. Seguramente ama á su hijo, pero no tanto como á su alma.»

El conde de Poitiers no recogió un solo voto: deci-

(1) La historia de las relaciones de Enrique VII con Francia, de 1311 á 1313, es todavía desconocida. Léese en una carta de Enrique VII al rey: «Como vuestros predecesores, poseéis injustamente al Este y Mediodía territorios del Imperio; el Imperio no es tan débil, sabedlo, que no le podamos resucitar para liberar estas provincias...» Felipe respondió: «En otro tiempo la infame altanería del Imperio evitaba enorgullecerse y amenazar sin causa justa. El rey de Francia, gracias á la protección de la Majestad divina, ha sabido recuperar los antiguos límites de la Galia: no teme, pues, las amenazas...» Estos documentos publicados por Dœnniges (*Acta Henrici VII*, II, 230) y con frecuencia citados como auténticos, son sospechosos. Consúltense más arriba, página 224.

dente se produjo desde la muerte de Felipe *el Hermoso* á la de Felipe V. Fué en 1318. Las gentes de Verdún, en guerra contra su obispo, apelaron entonces á la salvaguardia real que se les había concedido; el condestable Gaucher de Châtillon hizo una corta demostración militar en los alrededores de la villa; á este efecto se declaró que Verdún estaba situada «en el reino de Francia.»

(2) El interregno duró del 20 de abril de 1314 al 7 de agosto de 1316. Entre los veinticuatro cardenales que componían el sagrado Colegio, ocho eran italianos, diez gascones (sobrinos ó amigos del papa difunto) y seis «provenzales» (tres del Langüedoc, dos de Normandía, uno de Querci). Los sobrinos del papa, el vizconde de Lomaña y Raimundo Guillermo de Budos intentaron aterrorizar al conclave para forzarle á elegir un gascón. Por su parte los italianos se mostraban muy animosos contra el muerto Clemente y su partido: «En Perugia, hace nueve años, escribí al rey de Francia el cardenal Napoleón de los Ursinos, abandoné mi casa para tener un papa francés, porque deseaba la fortuna del rey y del reino, y esperaba que aquel que siguiera el consejo del rey gobernaría prudentemente Roma y el universo y reformaría la Iglesia. Creímos, al elegir el último papa, exaltar magníficamente al rey y al reino de Francia; pero ¡oh dolor!, si se pesan las obras del difunto con relación al rey y al reino, vese que bajo él nacieron grandes peligros; nada fué previsto; no se tomaron precauciones...» (M. Souchon, *Die Papstwahlen*, pág. 185.) La elección de Juan XXII consumó «la cautividad de Babilonia.»

Carlos IV, después de la anulación de su primer matrimonio, casó, en agosto de 1322, con María de Luxemburgo, hija del muerto Enrique VII y hermana de Juan de Luxemburgo, rey de Bohemia. Este Juan era gran aficionado á las combinaciones diplomáticas y mezcló de nuevo al rey de Francia, su cuñado, en los negocios del imperio.

En una carta del veneciano Marino Sanudo, escrita en 1327, se lee: «Cuando me hallaba en la corte de Francia, el rey de Bohemia se ocupaba en regular la sucesión al imperio; me parece que los que cercaban al rey Carlos no tomaban la cosa en serio: *spernebant rem.*» Sanudo añade: «Pero en seguida el rey de Bohemia y el conde de Hainaut quisieron hacer rey de Arlés y de Viena, con el asentimiento del *Bávaro*, á Carlos (de Valois), tío del rey.» Este proyecto fracasó también.

Algún tiempo después Carlos IV recibió nuevas proposiciones. Juan XXII, en lo más vivo de sus famosas querellas contra Luis de Baviera, el nuevo Federico II, le había excomulgado; había declarado la vacancia del imperio y buscaba un campeón de la Santa Sede. Si no se lo ofreció directamente, hizo ofrecer el imperio á Carlos, poco más ó menos como Martín IV había ofrecido en otro tiempo Aragón á Felipe *el Atrevido*, á condición de desposeer á un enemigo de la Iglesia. Era una cosa inaudita, porque los papas se habían propuesto siempre equilibrar la Francia por el imperio y el imperio por la Francia. El propio Clemente V había desengañado las pretensiones de los franceses á la corona de Alemania. Pero, en el exceso de su odio, el segundo papa de Aviñón había perdido el sentido de las tradiciones de la Santa Sede y la noción de las posibilidades. Lo cierto es que la corte del rey Carlos no dió mucha más importancia á estas proposiciones que á las de Juan de Bohemia, el hombre de los proyectos. La can-

didatura de Carlos IV al imperio, envuelta en un misterio que tal vez no oculta nada, parece haber sido conducida con tanta desidia como la de Felipe III en 1273. He aquí todo lo que se sabe: un tal Leopoldo de Austria, de la casa de Habsburgo, tuvo en 1324 una entrevista en Bar-sur-Aube con Carlos: considerándose el imperio como vacante, Leopoldo se comprometía á trabajar á los electores en pro de la elección de Carlos: Carlos se obligaba á pagar á Leopoldo, si resultaba elegido, una pensión é indemnizaciones; el 20 de agosto, Juan XXII se felicitaba de este pacto, que á su juicio «hacía dar un gran paso á la cuestión del imperio;» pero un año más tarde el rey de Francia no había aún dado arras y Leopoldo se repatriaba pacíficamente con el *Bávaro*.

En resumen, la historia de las relaciones de Francia y del imperio desde 1285 á 1328 se compone de pequeños hechos aislados cuya concatenación escapa. Pero la balanza de los provechos y de los gastos se establece ciertamente por esta parte en beneficio de Francia. Los gastos fueron casi nulos (expediciones de Bar, de Lyon, de Verdún), se verificaron adquisiciones importantes (Franco-Condado, Lyon, Viviers, Barrois, obispados loreneses). Y más considerable todavía que las adquisiciones propiamente dichas fué el progreso espontáneo y pacífico de la influencia francesa en casi todos los países de la antigua Lotaringia: la mayor parte de los pequeños príncipes de estos países estuvieron bajo la influencia ó, literalmente, á sueldo de Felipe *el Hermoso* y de sus hijos.

Al Este, y siguiendo la línea de menor resistencia, se hubiera realizado seguramente la expansión de Francia si la guerra de Cien años, que prolongaron deplorablemente las empresas de Felipe *el Hermoso* contra Inglaterra y en Flandes, no hubieran interrumpido el curso de la evolución comenzada.



Moneda de oro de Juan de Luxemburgo, rey de Bohemia